



F. Caballero, *Maquiavelo para el siglo XXI. El príncipe en la era del populismo*, Barcelona, Ariel, 2017, pp. 152.

Partiendo del interrogante que todo aquel que se acerca a la obra de Nicolás Maquiavelo se hace en un momento u otro, Ferran Caballero, profesor de filosofía en Aula Escola Europea y de Pensamiento y Creatividad en la Universidad de La Salle de Barcelona, nos propone un juego imaginativo en el que se reafirman algunos de los principales convencionalismos que recaen sobre la obra del florentino. Tal y como podemos leer en la contraportada: “Se ha dicho, y con mucha razón, que *El príncipe* fue escrito por los dedos del diablo.” Encontramos así un breve libro que, a imagen y semejanza de *El príncipe*, cuenta con 26 capítulos, y en el cual se van abordando muchos de los temas trazados por el autor renacentista, a la vez que se intentan establecer paralelismos con nuestro presente.

En primer lugar debemos tener en cuenta que no se trata de un texto destinado a formar parte de la bibliografía maquiaveliana, sino que parece ser producto de una intención divulgativa. No por ello debemos ignorar su capacidad de incidencia sobre el gran público, lo que convierte en pertinente la presente crítica. En cualquier caso, resulta evidente que, acotado el tipo de lector al que va dedicada la obra, podemos comprobar al tiempo que avanza la lectura que el autor no se ha preocupado por llevar a cabo una investigación exhaustiva respecto del tema elegido. En este sentido, la primera sugerencia que cabe presentar es un posible cambio de título, de tal modo que su título podría ser *El príncipe de Maquiavelo en el siglo XXI*, ya que el autor no menciona ni parece tener en cuenta el resto de las obras de Maquiavelo, poniendo en boca del florentino ciertos razonamientos que están muy lejos de formar parte de su pensamiento. Se pueden encontrar diversos ejemplos a este respecto, entre los que podemos mencionar la sorprendente forma en la que el autor se refiere a la actividad de gobierno: “gobernar es ganarse envidias y odios” (p. 39). Ésta contrasta significativamente con la idea maquiaveliana de que el mayor peligro que corre el príncipe es hacerse odiar por el pueblo (*El príncipe*, XVII). Un segundo ejemplo es el modo en que se refiere a la guerra, la cual, contrariamente a lo expuesto por Maquiavelo (“Los hombres, las armas, el dinero y el pan, son el nervio de la guerra; pero de estos cuatro elementos, los más necesarios son los dos primeros, porque los hombres y las armas encuentran el dinero y el pan; pero el pan y el dinero no encuentran armas y soldados”, *El arte de la guerra*, VII) se convierte en un terreno en el cual la potencia económica te puede permitir la obtención de la victoria (p. 79).

En segundo lugar, su no vinculación con el ámbito de la investigación anula la posibilidad de tener en cuenta cualquier aspecto metodológico. De este modo, el autor opta por no citar pasaje alguno de la obra de Maquiavelo, como tampoco presenta referencias en torno al material usado en la documentación de sus aseveraciones respecto de las dinámicas políticas del mundo contemporáneo. Respecto

de este último punto lo que se puede apreciar recurrentemente es el desarrollo de los motivos típicos del ideario de la derecha liberal española y europea: EEUU como primera potencia mundial (incluso llegando a ser considerado como “policía global”, p. 80), Corea del Norte como amenazada para la paz mundial (p. 46), el caos diario en Venezuela (pp. 76-77, p. 120), Adolfo Suárez como arquetipo del buen político (p. 57), un Zapatero incapaz de gestionar la crisis económica (“conquistó el Estado con Fortuna y contra todo pronóstico”, pp. 60-65), el surgimiento de Ciudadanos “por España” (p. 64), Podemos como producto de “unos medios de comunicación que aprecian más el negocio que el buen gobierno de su país, y con el favor de sus clientes, amantes de la telebasura” (pp. 68-69), el destacado papel de Obama como líder mundial (incluso teniendo en cuenta que fue “el presidente americano que más extranjeros expulsó y el que más terroristas asesinó”, pp. 123-124), Trump caracterizado como demagogo e incapaz de controlar su carácter impulsivo (p. 131), y, por supuesto, Europa como solución a los males del país, siendo necesaria la promoción de la integración en un mundo globalizado (pp. 140-142). Mención especial merece la lectura de la dictadura franquista: “Mientras duró el miedo a la dictadura, España encontró siempre buenos motivos para mantenerse unida.”(p. 48)

Quizás encontremos en esta motivación política, aparte de en la estructura, la única similitud de la obra con el tratado de Maquiavelo. En cualquier caso, mientras Maquiavelo escribió *El príncipe* teniendo en mente, tal y como desarrolló en el capítulo XXVI, la necesidad de que el aristócrata mediceo se alzase para desde Florencia unir al resto de Italia y poder de ese modo salvar el país de la continua amenaza de los “pueblos bárbaros”, Caballero traza una obra cuya motivación parece ser llevar a cabo un alegato en favor de la derecha conservadora o liberal, de donde extrae sus principales referentes: “Churchill, Adenauer, Lee Kuan Yew, Deng Xiaoping y otros semejantes” (p. 54). Inmerso en esta dinámica, el autor acaba calificando de cruel a Ada Colau (mientras que las bombas nucleares arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki fueron ejemplos de buena crueldad porque liberaron a los japoneses de “una tiranía enloquecida”, p. 102), a quien compara implícitamente con Agatocles, rey de Siracusa; en palabras de Caballero, “No se puede, sin embargo, llamar virtud a mentir a sus conciudadanos, insultar a los adversarios, traicionar a los aliados y no tener palabra, piedad o religión.” (p. 70), tal y como había hecho Maquiavelo (“Sin embargo, no es posible llamar virtud a exterminar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, carecer de palabra...” *El príncipe*, VIII). En esa línea, el miedo a la rapacidad de los gobernantes presente en la obra de Maquiavelo se usa para legitimar algo tan separado en términos teóricos e históricos como lo es el discurso de la austeridad en la Europa de después de la crisis financiera de 2008: “El actual gobierno de España, si hubiese sido tan expansivo en el gasto como le pedía todo el mundo, ni habría sacado a su país adelante ni se habría mantenido en el poder.” (p. 99)

La carencia metodológica que señalábamos anteriormente, la cual podría haberse al menos mitigado a través de las enseñanzas de Leo Strauss, autor que parece figurar como inspiración de la obra y para quien Maquiavelo era un maestro del mal, lleva al autor a establecer paralelismos entre realidades separadas por 500 años. En este sentido, muchas de sus comparaciones resultan metafóricas, como es el caso de las analogías entre repúblicas y principados (*El príncipe*, I) y “democracias y dictaduras” (p. 31), o entre “el favor del pueblo” (*El príncipe*, III, IV, IX, XIX y XX) y “el favor de sus votantes” (p. 35). Un caso que requiere una especial atención es el uso

de la comparación maquiaveliana del gobierno del príncipe y los nobles en Francia con respecto de lo que sucedía con el Imperio Otomano, entre el Sultán y sus siervos (El príncipe, IV) como modo de alusión a la democracia estadounidense y la dictadura norcoreana (p. 46). De esta serie de ejemplos parece inferirse la intención del autor de tratar de ligar toda coyuntura política actual con la obra de Maquiavelo. Aprobándose todo lo dicho por el florentino, la lectura parece desprender toques dogmáticos, de tal modo que se presentan argumentos en favor de las tesis maquiavelianas inclusive en aquellos temas en los que el pensamiento de éste ha perdido toda vigencia práctica. Por ello la obra se separa radicalmente de *How to Choose a Leader: Machiavelli's Advice to Citizens*, de Maurizio Viroli, en la cual el profesor emérito de la Universidad de Princeton, si bien se basa igualmente en la idea de que Maquiavelo puede darnos consejo en tanto que los hombres de su tiempo y los de la actualidad se comportan según las mismas pasiones (p. XVI), establece una serie de comparaciones más prudentes entre ambas épocas, de tal modo que es capaz de desplegar su amplio conocimiento en torno al florentino, aun dentro de un texto divulgativo, citando *El príncipe*, *los Discursos*, *Historias de Florencia*, *El arte de la guerra* y su correspondencia, lo que le permite dar cuenta de su defensa del republicanismo clásico.

Por tanto, a diferencia del trabajo de Viroli, las limitaciones de la obra reseñada nos deben llevar a ser críticos con su propio contenido divulgativo. A pesar de ello, un lector atento puede tener la sensación de que estamos ante una obra que quiere, tal y como haría el antes mencionado Strauss (no resulta casual que el autor del prólogo sea Gregorio Luri, autor de *Erotismo y prudencia. Biografía intelectual de Leo Strauss*) mostrar una serie de aparentes errores o contradicciones como modo de esconder su verdadero contenido, el cual debe ser escondido a consecuencia de la persecución de la que son objeto los autores en toda sociedad. Rechazando esta posibilidad, no cabe otra cosa que mostrar sorpresa ante ciertos elementos de la obra que parecen contener una evidente carga irónica como es el caso de la dedicatoria a Mariano Rajoy, del que el elaborador del prólogo dice algo tan poco sutil como que debiera entregársele el libro envuelto en el periódico *Marca* (p. 19), y a quien sin embargo el autor presenta como alguien verdaderamente virtuoso (p. 60).

No debemos pasar por alto cómo en el título se juega con dos elementos que parecen utilizarse como reclamos comerciales. Por un lado “Maquiavelo”, como maestro del mal o astuto teórico capaz de desenmascarar la verdad sobre lo político, y por el otro el término “populismo”, tan en boga en la actualidad, y que, tal y como se hace desde el ámbito mediático, es utilizado como sinónimo de demagogia, y no desde el ámbito de las teorías populistas enunciadas por autores como Ernesto Laclau. Por tanto, a modo de conclusión, se podría decir que la reseña presente tiene como objeto fundamental mostrar cómo no se debe utilizar el nombre de Maquiavelo para, por medio de un argumento de autoridad que trata de enmascarar el evidente contenido ideológico, premiar y castigar a actores y procesos de la política de nuestro tiempo, intentando dotarse de un halo de neutralidad. Concluimos de este modo considerando que aquellos que se dedican al estudio y la investigación deben estar pendientes de qué tipo de cultura es la que se comercializa en masa en relación con sus campos académicos. En esta línea, la investigación rigurosa debe estar diametralmente en contra de esas expresiones altivas que tan bien parecen cuadrar con las estrategias de marketing, de tal modo que debe ser explícita la desaprobación mostrada en relación de lo escrito en el prólogo, donde se sostiene no sólo que el autor del texto, “créan-

me, es un sabio” (p. 26) sino que además Maquiavelo aprobaría el contenido de la obra (p. 21), alagado por su contenido.

Miguel Fernández de la Peña
miguelmixel@hotmail.com